

Difuminar la práctica: entrevista a Adán Vallecillo

En 2019, TEOR/ética se propuso invitar a agentes que habían sido parte de su historia reciente y pasada para celebrar su 20 aniversario. Una de esas propuestas concluyó en [Ingesta](#), una exposición colectiva, curada por Adán Vallecillo, a partir de un diálogo con Paula Piedra y Miguel A. López. La exposición estuvo abierta al público de setiembre, 2019, a febrero, 2020. Sin embargo, el proceso de desarrollo y diálogo fue mucho más profundo. En esta entrevista, invitamos a Adán —colaborador cercano de TEOR/ética desde hace ya muchos años— a hacer una reflexión de lo que fue esta experiencia.

¿Qué significaba para vos curar una exposición en TEOR/ética en su 20 aniversario, habiendo sido parte de la historia de la institución, primero como artista y ahora como curador?

En cierto sentido ha sido como cerrar un ciclo. Resulta que Virginia se enteró de mi práctica artística un par de años después de conocernos. Aunque ya la admiraba, había estado en algunas de sus conferencias organizadas en Honduras por **Mujeres en las Artes**, y también había leído varios de sus ensayos. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en 2003, en el espacio del colectivo **La Cuartería**, en la colonia Villa Olímpica de la capital, Tegucigalpa. Allí nos juntábamos Fernando Cortés, Tania Flores, Ernesto Rodezno, Cesar Manzanares, Gabriel Galeano, Leonardo González, Celeste Ponce, Dina Lagos, el crítico de arte Ramón Caballero, así como otros artistas más y vecinos del barrio, para discutir textos de arte y filosofía, hacer muestras, cocina colectiva y planear intervenciones y protestas. Fueron años de mucha actividad en el pequeño circuito del arte contemporáneo en Tegucigalpa.

Virginia había escuchado de nuestra existencia y, llevada por la curiosidad que le caracterizaba, vino a nuestro barrio junto al curador español Santiago Olmo, a ver una muestra colectiva y revisar portafolios de los integrantes del grupo. Les llamó particularmente la atención un proyecto de arte público que organizamos en la ciudad universitaria de la UNAH, al que llamamos *20 Pesos*. La idea fue invitar artistas a realizar sus performances con un presupuesto de 20 lempiras, que en ese entonces era el equivalente a un dólar. De allí, Virginia seleccionó una obra de Leonardo González para la Bienal de Cuenca.

En aquel entonces quedamos muy emocionados con su visita, aunque no se quedaron mucho tiempo, porque tenían otros compromisos que atender en su corto viaje, por lo que no hubo espacio para mostrarles mi portafolio. Por otro lado, en la muestra, no habían obras de mi autoría, ya que mi participación había sido como curador. Sin embargo, debido a esa admiración y respeto que siempre tuve hacia ella, quise imaginar que ese sólo era el primero de muchos encuentros y colaboraciones que vendrían más adelante.

Luego, en agosto de 2005 fui invitado a San José, como ponente para el encuentro teórico ***Situaciones Artísticas Latinoamericanas II***. Allí fue que, accidentalmente, se enteró de mis obras, mientras yo le mostraba mi portafolio a mi amiga y curadora cubana Tamara Díaz. Después de eso, en 2006, ellas me invitaron a ***Estrecho Dudoso***, y un año después recibí muy emocionado su invitación para montar mi primera muestra personal en Costa Rica, que se tituló ***Denominaciones y Retrospectivas***.

Desde entonces, pasaron 12 años entre esa muestra personal y la invitación a curar un proyecto como *Ingesta* que para mí ha sido tan significativo. En síntesis, muchas vivencias y aprendizajes, pero sobre todo la alegría de los encuentros y TEOR/ética como plataforma aglutinadora de esas entrañables experiencias.

¿Cómo se traslapan y se separan tus roles de curador y artista?

Más que traslaparse o separarse quisiera pensar que se difuminan. Es decir, que abrazo la ambigüedad y me niego a seguir esos modelos en los que no cabe *“la opacidad de nuestra existencia”* un concepto que retomo del poeta martiniqués Edouard Glissant. Ha sido un proceso de reconocimiento que me ha permitido fortalecer vínculos profesionales y afectivos con la comunidad de artistas de Centroamérica, estar al tanto de su producción. Al mismo tiempo, he aprendido a respetar y valorar los aportes de curadores de la región, entablando diálogos, discusiones y colaboraciones que me ayudan a entender mejor las dinámicas de sus contextos, así como el rumbo de sus ideas.

Por otro lado, creo que resulta sano (de vez en cuando) desviarnos de nuestros roles, ir más allá de las restricciones y esencialismos autoimpuestos. De alguna manera siento que esa deriva en el oficio, por su carácter dual, facilita la realización de proyectos que desde posiciones más definidas serían imposibles de hacer.

En TEOR/ética venimos pensando las dimensiones de la colaboración y en cómo ciertos ejercicios pueden construir colectividad, parte de la motivación de invitarte era porque nos interesaba trabajar con otros. ¿Cómo fue el trabajo de la curaduría en diálogo con los codirectores, Paula Piedra y Miguel A. López? ¿Cómo enriqueció el proceso y cuáles fueron los retos?

Sencillamente mostrar la calidad y fuerza de las obras que componen *Ingesta* hubiera sido insuficiente sin la dedicación y los aportes de Paula y Miguel. Ambos me apoyaron desde el inicio, por un lado, como interlocutores críticos, y por otro, acompañando la articulación y edición del texto curatorial, la selección, producción y montaje de las obras y fichas técnicas. Posteriormente, mientras estuvo abierta la muestra, se desarrollaron actividades complementarias bajo su responsabilidad que salieron de maravilla. Como por ejemplo el taller de Carlos Fernández, ***Trazando el Vínculo: una excusa para compartir alimentos***.

La verdad es que no resulta fácil ponerse de acuerdo en colectivo (más aún, si no se ha tenido la oportunidad anteriormente, como fue el caso), ya que conozco a Paula y Miguel de antes, pero hasta ahora no habíamos compartido trabajo. Eso tuvo sus ventajas, ya que, contrario a lo que puede suceder cuando la gente se conoce en el ámbito laboral y son amigos al mismo tiempo, a veces no se dicen las cosas para no herir susceptibilidades o generar conflictos. Pero en este caso, creo que tanto Paula como Miguel se sintieron con la tranquilidad de decir lo que pensaban y escuchar respetuosamente lo que yo tenía que decir aunque no siempre estuvimos de acuerdo. Aprendí cantidad, fueron además de profesionales, muy cálidos, detallistas y divertidos, siento que encontramos un buen balance. Estaré siempre agradecido por la invitación y encantado si se da la oportunidad de volver a hacer algo juntos.

Viendo el resultado final de la exposición ¿Qué cosas sentís que no funcionaron, y qué otras te hubiera gustado que se dieran y no pudieron ser? ¿Por qué?

Pues, me hubiera gustado compartir con más artistas de la muestra durante y después de la inauguración, poder conversar alrededor de sus obras y escuchar personalmente sus puntos de vista. Nunca me había pasado algo así, de 20 artistas sólo estaba una (Stephanie Williams). Pero claro, como suele suceder, la presencia o no de los artistas participantes en una exhibición internacional, depende de los límites del presupuesto, y en este caso, la fecha de inauguración coincidió también con que los otros artistas locales se encontraban fuera de Costa Rica.

Constantemente volvemos a la pregunta de cómo entender Centroamérica desde el arte, qué nos une, qué nos hace diferentes como países y comunidades. En este caso, la comida fue una manera de pensar en un punto de encuentro que incluso supera las fronteras de la región. ¿Cómo surgió este planteamiento? ¿Qué otros aspectos crees que podrían explorarse a futuro en una línea similar?

Es un territorio complejo, uno no deja de descubrir distintas coordenadas discursivas a partir de su historia, diferencias culturales entre uno y otro de los países, sus luchas sociales y desafíos. Pero también se descubren paralelismos y sintonías, como la permeabilidad del arte a influencias que no vienen de la tradición racionalista. Más bien destacan elementos que vienen de una riqueza visual y cultural que trasciende algunas veces la estética asimilada en términos occidentales o la moral individualista dominante. Me queda la sensación —no sólo con *Ingesta*— de que en Centroamérica constantemente hacemos micropolítica en el sentido que lo plantea Suely Rolnik cuando dice que: *“una se junta con los otros, se coopera distinto porque es desde una resonancia, desde el saber del cuerpo, de una resonancia entre los cuerpos, de las subjetividades en resistencia. Lo que está empezando a germinar, frente a un ahogo de las fuerzas de la vida”*.

Entonces, se genera pensamiento desde la generosidad. No pasa directamente por una relación con occidente y su historia del arte o, en otros casos, esa relación con el mundo occidental aparece en términos críticos. De esas coordenadas discursivas se desprende la selección de obras para la muestra. La comida está presente de muchas maneras, aparece orgánicamente ligada a las historias personales, pero también asociada indirectamente a nuestra condición de países productores de materias primas, porque históricamente nuestra dependencia de la economía global ha sido impuesta en esos términos. Entonces, profundizar más en esas dimensiones políticas de la comida y cómo atraviesan la producción artística en Centroamérica es algo que me sigue interesando. Sobre todo en estos tiempos de pandemia y confinamiento colectivo, cuando la producción y distribución de alimentos cada vez más adquieren dimensiones políticas que parecían impensables y descartadas por el modelo neoliberal imperante hasta la llegada del COVID-19.